

ANTON CHEJOV

LA MUERTE DE UN FUNCIONARIO*



n una maravillosa tarde, el no menos maravilloso funcionario Iván Dimítrich Cherviakov, sentado en la segunda fila de butacas, miraba tras unos gemelos la obra de teatro *Las campanas de Corneville*. El hombre miraba y se sentía transido de felicidad. Pero, de pronto... En los relatos aparecen a menudo estos "pero, de pronto". Y los autores tienen razón en usarlos: ¡la vida está llena de sobresaltos! Pero, de pronto se le arrugó la cara, los ojos se le pusieron en blanco, se le detuvo la respiración... apartó los gemelos, se inclinó y... ¡¡achís!! Como se habrán dado cuenta, estornudó. A nadie ni en parte alguna se prohíbe estornudar. Estornudan los mujiks, los jefes de policía y a veces incluso los consejeros privados. Todo el mundo estornuda. Y por eso Cherviakov no se turbó en lo más mínimo, se pasó un pañuelo y, como persona educada que era, miró a su alrededor: ¿no habría importunado a alguien con su estornudo? Y fue entonces cuando le llegó el momento de turbarse. Vió cómo un vejete sentado frente a él en la primera fila de butacas se frotaba cuidadosamente la calva y el cuello con un guante y decía algo entre dientes. Cherviakov reconoció en el viejecito al general Brizhálov, alto funcionario del Ministerio de Comunicaciones.

"¡Lo he salpicado!" –pensó Cherviakov–.

"No es mi jefe, pero de todos modos es violento. Tengo que pedirle disculpas".

Cherviakov carraspeó, se inclinó hacia el general y le susurró al oído:

- Le pido disculpas, *excelencia*, lo he salpicado... no era mi intención...
- No es nada, no es nada...
- Se lo ruego por favor, discúlpeme. Fue... fue sin querer.
- ¡Oh, por favor! ¡Cálmese y déjeme escuchar!

Cherviakov, turbado, sonrió estúpidamente y se dispuso a mirar la escena. Miraba, sí, pero ya no pudo recuperar la felicidad de antes. Comenzó a martirizarle cierto desasosiego. En el entreacto se acercó a Brizhálov, se paseó a su lado y venciendo la vergüenza que sentía, balbuceó:

- Lo he salpicado, *excelencia*... Discúlpeme... Ha sido... es que...
- Oh, déjelo ya... ¡Ni me acordaba del asunto, y usted sigue con lo mismo! – dijo el general moviendo impaciente el labio inferior.

* Texto tomado de *Obras Completas* Editorial Progreso, 1980.

“Sí, dice que ya no se acuerda y sólo hay que verle los ojos –pensó Cherviakov mirando con recelo al general–. No quiere ni hablarme. Tendría que explicarle que no era mi intención... que es por ley natural. Si no, se pensará que le quería escupir.

Y si ahora no lo piensa ¿se le ocurrirá después?...”

Al llegar a casa, Cherviakov le explicó a la mujer su percance. Pero le pareció que su mujer se había tomado con demasiada tranquilidad lo sucedido. Se asustó algo, aunque, cuando se enteró de que Brizhálov era de otro departamento, se sintió más tranquila.

– De todos modos, ve a pedirle disculpas –le dijo–. Si no, se pensará que no sabes comportarte en público.

¡Pues ahí está la cosa! Es que ya me he disculpado, pero él, no sé, estaba algo raro... No dijo ni una palabra clara. Además, no hubo ni tiempo para hablar.

Al día siguiente Cherviakov se puso el uniforme nuevo, se fue a cortar el pelo y marchó a ver al general para darle una explicación.. Al entrar en la sala de espera del general, vio allí mucha gente y también al propio general que ya había empezado a atender las súplicas que le presentaban. Luego de haber despachado con algunos, el general alzó la vista hacia Cherviakov que comenzó diciendo:

– Ayer, en el “Arcadia”, no sé si se acuerda su *excelencia*, se me escapó un estornudo y... sin querer, le salpiqué... Le ruego...

– ¡Qué tonterías son éstas!... ¡A quién se le ocurre! A ver dígame –el general se dirigió al siguiente.

“¡No quiere dirigirme la palabra! –pensó Cherviakov palideciendo–. O sea que está enfadado. No, esto no puede quedar así... Tengo que explicarle...”

Cuando el general terminó con el último de los que allí estaban y ya se dirigía hacia las habitaciones interiores, Cherviakov dió un paso hacia él y balbuceó:

– ¡*Excelencia!* Si me atrevo a importunarle es precisamente porque me siento arrepentido, puede creerme. ¡No ha sido adrede, le ruego me crea!

El general puso cara de llanto y dejó caer la mano con gesto de fastidio.

– ¡Lo que usted está haciendo es burlarse, mi querido señor! – dijo y desapareció tras la puerta.

“Pero ¿de qué burlas habla? –pensó Cherviakov–. ¿Cómo me voy a burlar yo? Parece mentira que siendo general no pueda entenderlo. Pues bien, ¡no pienso pedir más disculpas a este fanfarrón! ¡Que se vaya al diablo! ¡Le escribiré una carta, pero no voy a venir más! ¡Palabra que no vengo!”

Así pensaba Cherviakov dirigiéndose a su casa. Pero no escribió la carta. A pesar de darle muchas vueltas al asunto, no hubo manera de que le saliera la carta. Así que al día siguiente tuvo que volver a dar personalmente sus explicaciones.

– Ayer vine a importunar a su *excelencia* –empezó a balbucear Cherviakov cuando el general levantó hacia él su mirada interrogante–, no para reírme de usted, tal como tuvo usted a bien decirme. Le pedía disculpas porque cuando estornudé, le salpiqué, pues... pero no tenía intención alguna de reírme de usted. ¿Acaso me atrevería yo a ello? Si nos burlásemos de la gente no habría entonces ni respeto... a las autoridades...

– ¡Fuera de aquí! –bramó el general, de súbito lívido y tembloroso.

– ¿Cómo? –preguntó Cherviakov en un susurro, aturdido de espanto.

– ¡Fuera de aquí! –volvió a aullar el general pataleando.

Cherviakov notó que algo se le había roto en las entrañas. Sin ver nada y sin oír siquiera, retrocedió hacia la puerta, salió a la calle y echó a andar medio a rastras... Al llegar como un autómatas a su casa, se tumbó en el diván sin quitarse el uniforme y... murió ♣